

aquél imaginaba; que Francia contaba realmente con pocas fuerzas para la ofensiva; pero que, colocándose en una actitud defensiva, la experiencia histórica nos enseñaba que pronto había de ser, dentro de su país, bastante fuerte para prolongar la guerra, de modo que quizás llegara á sernos muy difícil mantenernos á la defensiva respecto de Austria si nos veíamos obligados á hacer á Francia una guerra de invasión, teniendo á la espalda á Austria y á la Alemania del Sur hostiles. Esta perspectiva me impulsaba á trabajar con todas mis fuerzas en pro de la paz.

»Francia, en caso de tomar parte en la lucha, no habría podido tal vez poner inmediatamente en pie de guerra contra Alemania más de sesenta mil hombres, acaso menos; pero este refuerzo llevado á los contingentes del ejército confederado de la Alemania del Sur habría sido bastante para dar á éste una dirección única y enérgica, probablemente bajo el mando supremo de los franceses. El ejército bávaro contaba, al tiempo del armisticio, cien mil hombres, y con las demás tropas alemanas disponibles, todos buenos y valerosos soldados, y los sesenta mil franceses, habríamos tenido en el Suroeste un ejército de doscientos mil hombres sometidos á una jefatura única y vigorosa, la francesa (en vez del modesto y dividido que antes teníamos enfrente), al cual no habría podido Berlín oponer fuerzas proporcionales sin debilitar su acción respecto de Viena. Maguncia estaba ocupada por las tropas confederadas al mando del general bávaro conde de Rechberg; de haber estado allí los franceses, hubiera costado ímprobos trabajos arrojarlos de aquella plaza.

»Bajo la presión de la intervención francesa y en un momento en que no podía aún preverse si sería posible lograr que no se saliera del terreno de la diplomacia, resolví aconsejar al rey que hiciera un llamamiento á la nacionalidad húngara. Si Napoleón emprendía la guerra del modo que había dado á entender; si la actitud de Rusia continuaba siendo dudosa, y sobre todo si el cólera seguía haciendo estragos en nuestro ejército, nuestra situación podía llegar á ser tan difícil que, en previsión de ella y para no sucumbir, habíamos de utilizar cualquier arma que pudiera ofrecernos el movimiento nacional desencadenado, no sólo en Alemania, sino que también en Hungría y en Bohemia.»

El 12 de julio se celebró en el cuartel provisional de Czernahora un consejo de guerra, bajo la presidencia del rey de Prusia, al que asistió Bismarck. Discutióse el avance sobre Viena y se trató de ocupar las fortificaciones de las líneas de Floridsdorf, á fin de llegar hasta la capital austriaca; dada la naturaleza de aquellas obras, necesitábase llevar artillería de grueso calibre y para su transporte se necesitaban catorce días. Una vez abierta brecha habían de tomarse las fortificaciones por asalto, lo cual costaría unos dos mil hombres. El rey pidió á Bismarck su parecer. Su primera impresión fué que no se podía perder catorce días sin aproximarse más de lo que estaban al peligro por lo menos de la intervención francesa; así es que expuso sus temores y dijo: «No podemos perder un lapso de catorce días sin aumentar considerablemente la



EL GENERAL MOLTKE



gravedad del peligro del arbitrio francés.» Pregunté además si era indispensable tomar por asalto las fortificaciones de Floridsdorf ó si podíamos esquivarlas dando un rodeo, y añadí que con un cuarto de conversión á la izquierda lograríamos tomar la dirección de Pressburgo, en donde nos sería fácil atravesar el Danubio. Conseguido esto, los austriacos tendrían que aceptar la lucha en condiciones desfavorables, con su frente hacia el Este, al Sur del Danubio, ó se verían obligados á retroceder á Hungría, con lo cual nos apoderaríamos de Viena sin disparar un tiro. El rey hizo que le enseñaran un mapa y aprobó mi proposición, que se ejecutó, aunque, en mi concepto, á regañadientes.»

Según se consigna en la obra del Estado mayor general (página 522), en 19 de julio se dictó por el cuartel general el siguiente decreto:

«El propósito de S. M. el rey es concentrar el ejército en una posición detrás del Russbach. — En esta posición el ejército podrá desde luego hacer frente á un ataque que el enemigo pudiera emprender desde Floridsdorf con 150.000 hombres; después habrá de reconocer y atacar desde la misma las fortificaciones de Floridsdorf ó bien podrá marchar con la mayor rapidez posible sobre Pressburgo, dejando un cuerpo de observación que atienda á Viena. — Los dos ejércitos harán avanzar sus vanguardias y sus reconocimientos en el Russbach en dirección de Wolkerdorf y del Wagram alemán. Al propio tiempo que estos movimientos de avance, debe intentarse la toma de Pressburgo mediante un ataque de sorpresa y asegurar en aquel punto el paso del Danubio.»

Cuando llegó para Prusia el caso de tomar posiciones en vista del telegrama de Napoleón del 4 de julio, el rey bosquejó las condiciones de la paz en la forma siguiente: reforma de la Confederación bajo la dirección de Prusia, adquisición del Schleswig-Holstein, de la Silesia austriaca, de un territorio en la frontera bohemia y de la Frisia oriental, y reemplazo de los soberanos hostiles de Hannover, Electorado de Hesse, Meiningen y Nassau por sus herederos. Posteriormente surgieron otras aspiraciones, nacidas unas de la propia voluntad del rey y otras de influencias exteriores. Quería Guillermo anexionarse algunos territorios de Sajonia, Hannover y Hesse, y sobre todo recobrar para su dinastía Ansbach y Bayreuth. Sus vivos y justificados sentimientos de familia hacíanle desear la recuperación de los principados francos, y costóle mucho renunciar á su posesión.

Los propósitos altamente políticos de Bismarck se fundaban en las futuras relaciones de Prusia con Austria, y tendían á evitar en lo posible todos los recuerdos mortificantes. La entrada triunfal del ejército prusiano en la capital enemiga no constituía una necesidad, y cualquiera cesión de territorio habría dejado en el austriaco la huella de una ofensa que habría aumentado la dificultad de las relaciones en el porvenir; á lo que hay que añadir que habría sido necesario sostener todas las conquistas de aquella campaña en posteriores guerras, del mismo modo que Federico *el Grande* hubo de defender en la terrible guerra de los Siete Años los resultados de sus dos primeras campañas en Sile-

sia. La lógica de la historia permitía asegurar que á una guerra austriaca seguiría otra francesa, aun cuando Prusia pudiera otorgar á Napoleón los pequeños emolumentos que esperaba en pago de su neutralidad. También con respecto á Rusia cabía la duda de qué efecto le produciría el ver claramente cuánto se fortalecía la situación de Prusia con el desenvolvimiento nacional de Alemania.

El deseo del rey de quedarse con la Sajonia occidental, Leipzig, Zwickau y Chemnitz para establecer una comunicación con Bayreuth, se estrelló ante la declaración de Karolyi de que había de insistir en la integridad de Sajonia como *conditio sine qua non* para la paz. Esta diferencia en la manera de tratar á los confederados fundábase en las relaciones personales con el rey de Sajonia y en la conducta que en la batalla de Koniggratz observaron las tropas sajonas, las cuales fueron durante la retirada el cuerpo militar que se mantuvo más firme é intacto. Los demás contingentes alemanes se batieron con valor cuantas veces entraron en combate, pero siempre tardíamente y sin resultado práctico, lo cual hizo que en Viena se creyera, sin razón, que había sido deficiente el apoyo de los confederados, especialmente de Baviera y Wurtemberg.

Como la diplomacia ni el Estado mayor podían perder el tiempo en vista de la mediación de Francia, Bismarck preguntó á Moltke si consideraba como peligrosa ó como exenta de peligro la operación sobre Pressburgo, añadiendo que si se podía confiar con seguridad en el buen éxito de la empresa, era preciso que se diera el golpe aplazando doce horas el comienzo del armisticio, ya que la victoria daría mayor fuerza para las negociaciones; pero que, en caso contrario, mejor sería desistir del proyecto. Moltke contestó que consideraba el éxito dudoso y la operación arriesgada, si bien en la guerra todo ofrecía peligros. La respuesta movió á Bismarck á recomendar al rey el armisticio, de modo que el domingo, día 22, al mediodía, se suspendieran las hostilidades, las cuales no podrían reanudarse hasta el mediodía del 27. El general Fransecky recibió el día 22, á las siete y media de la mañana, la noticia de la tregua que aquel mismo día comenzaba y la orden de ajustar á ello su conducta. Así fué que á las doce hubo de suspenderse el combate que sostenía en Blumenau.

Mientras Bismarck conferenciaba con Karolyi y con Benedetti y les exponía las condiciones bajo las cuales podía conseguirse la paz, Benedetti, que gracias á la torpeza de la policía militar prusiana había logrado entrar en Zwickau en la noche del 11 al 12 de julio, presentóse de repente á Bismarck que estaba aún en la cama, y le declaró, ajustándose á la norma fundamental de la política napoleónica, que un aumento del territorio de Prusia de cuatro millones de almas á lo sumo en la Alemania del Norte, con la posesión de la línea del Mein como frontera meridional, no provocaría ninguna intervención por parte de Francia, que sin duda esperaba formar una confederación sudalemana bajo su patronato. Austria se salía de la Confederación germánica y estaba dispuesta á reconocer todas las instituciones que el rey adoptara en la Alemania del Norte, á reserva



siempre de mantener la integridad de Sajonia. Estas condiciones significaban todo lo que Prusia necesitaba, es á saber, libertad de acción en Alemania.

Bismarck resolvió hacer de la aceptación de la paz ofrecida por Austria una cuestión de gabinete, á pesar de que los generales se resistían á interrumpir la serie de triunfos alcanzados, y en aquellos días el rey se dejaba dominar más á menudo y voluntariamente por las influencias militares que por las políticas. El Estado mayor prusiano llamaba á Bismarck *el Questenberg del campamento*. «Confieso, dice Bismarck, que no me halagaba mucho este mote que me identificaba con el consejero de guerra áulico de Wallenstein.»

El día 23 de julio celebróse, presidido por el rey, un consejo de guerra en el que debía resolverse si se firmaba la paz bajo las condiciones ofrecidas ó se proseguía la guerra. Una dolorosa enfermedad que Bismarck padecía obligó á reunirse en su cuarto, y de todos los asistentes era el único paisano de uniforme. En aquella reunión expuso su convencimiento de que la paz debía firmarse bajo las condiciones presentadas por Austria; pero fué el único de este parecer, y el rey se adhirió á la mayoría militar. «Mis nervios no podían resistir más el cúmulo de impresiones recibidas, ha escrito el Canciller; me levanté sin decir palabra; me dirigí á mi dormitorio, que estaba al lado, y prorrumpí en llanto convulsivo, mientras se levantaba la sesión del consejo de guerra. Entonces consagréme al trabajo de consignar en el papel las razones que había tenido para aconsejar la paz, y supliqué al rey que, en caso de no querer aceptar mi consejo responsable, me relevara del cargo de ministro si continuaba la guerra. Con este documento fuíme al día siguiente á verle para apoyarlo verbalmente. En la antecámara encontré á dos coroneles portadores de partes relativos á la propagación del cólera entre sus soldados, de los cuales apenas quedaban útiles la mitad. Las terribles cifras me afirmaron en mi resolución de hacer cuestión de gabinete la aceptación de las condiciones austriacas, pues aparte de las inquietudes políticas, temía que, al trasladar las operaciones á Hungría, la naturaleza de aquel suelo, que me era bien conocida, haría aún más horrorosa la enfermedad. En aquel país el clima, especialmente en agosto, es calurosísimo, la falta de agua grande y las poblaciones rurales, con campos de muchas millas cuadradas, muy distantes unas de otras, y como complemento de todo esto, una gran abundancia de ciruelas y melones. Y al considerar todo esto, asaltábame el recuerdo instructivo de nuestra campaña de 1792, en la Champagne, en la que nos obligó á retirarnos la disentería, no los franceses.» Durante la campaña contra Austria perecieron del cólera 6.427 hombres.

Con el documento en la mano Bismarck explicó al rey las razones políticas y militares que se oponían á la continuación de la guerra. Ofender gravemente á Austria y dejar en pos una amargura permanente y un deseo de desquite mayor del que era necesario, eran cosas que debían evitar procurando la posibilidad de reconciliarse con los enemigos de entonces, ó, cuando menos, considerando al Estado austriaco como un peón en el tablero europeo y la renovación

de las buenas relaciones con el mismo como una jugada que Prusia debía reservarse. Si se perjudicaba gravemente á Austria, ésta se aliaría con Francia y con cualquier enemigo de Prusia, y aun sacrificaría sus intereses antirrusos al afán del desquite.

Por otro lado, no se veía un porvenir favorable á Prusia en aquellos territorios que formaban la monarquía austriaca, en el caso de que ésta se viera destruída por sublevaciones húngaras ó eslavas, ó condenada á eterna dependencia. ¿Qué se pondría en el lugar que en Europa ocupaba Austria? No era posible engrandecer á Prusia con la adquisición de provincias como la Silesia austriaca y algunos territorios de Bohemia; una amalgama del Austria alemana con Prusia era irrealizable, y Viena no podría nunca ser gobernada desde Berlín como una dependencia.

Si la guerra continuaba, el teatro de la misma sería probablemente Hungría. El ejército austriaco, que no podría sostenerse en Viena si los prusianos pasaban el Danubio por Pressburgo, se dirigiría hacia el Oeste y proseguiría la defensa de Hungría, esperando la probable intervención francesa y confiando en Italia preparada por Francia. Desde el punto de vista militar, la continuación de la guerra en aquel país no ofrecía ventaja alguna, pues los éxitos no guardarían proporción con las victorias hasta entonces obtenidas, con lo cual menguaría el prestigio de los prusianos; esto, aun prescindiendo de que la continuación de la guerra allanaría el camino á una intervención francesa. Era preciso, pues, firmar la paz antes de que Francia tuviera tiempo de desarrollar más su acción diplomática sobre el Austria. Tales fueron los argumentos de Bismarck.

El rey no formuló ni una sola objeción, pero declaró insuficientes las condiciones presentadas, sin formular sus pretensiones. Era bien claro que sus aspiraciones habían aumentado desde el 4 de julio. «El principal culpable, decía, no ha de quedar impune, y en cuanto á los que obraron seducidos por aquél, fácilmente podremos dejar después que se salven.» Y con estas ideas insistía en las citadas cesiones territoriales de Austria. En el ánimo del rey prevalecía la aversión hacia todo lo que significara interrumpir la marcha triunfal del ejército, aversión que fomentaban los militares. La resistencia de Bismarck á los propósitos de Guillermo y á las exigencias de la política militar irritó de tal manera al rey, que fué imposible seguir discutiendo, y salió Bismarck de la estancia persuadido de que sus ideas serían rechazadas. «Cuando volví á mi habitación, dice el Canciller, me encontraba tan preocupado, que habiendo oído abrir la puerta y sospechando que el que entraba era el príncipe heredero, por delante de cuya habitación acababa yo de pasar, ni siquiera volví la cabeza. Sentí que su mano se posaba sobre mi hombro, mientras me decía: «Ya sabe usted que he sido contrario á la guerra; usted la consideró necesaria, y por consiguiente es responsable de ella. Si ahora está usted convencido de que se ha logrado el objeto que se deseaba y de que es preciso firmar la paz, estoy dispuesto á ayudarle y á defender su opinión cerca de mi padre.» Luego se fué á ver al